

LA SOLEDAD

por Francisco-Manuel Nácher

Cuando uno siente que no está conforme con el mundo, pero intuye también que debe ser posible algo mejor, empieza a buscar. Y, en esa búsqueda, en ese recorrido, pasa por distintos estadios que, inevitablemente, se relacionan con la soledad:

Primero, antes de empezar a buscar, la soledad da miedo. La mayor parte de la gente teme estar sola y, por eso, siente la necesidad de agruparse, de hacer muchas cosas en común, con el fin de no quedarse consigo misma.

Luego, al empezar a buscar, esa misma búsqueda exige, como condición necesaria, la soledad. Es una soledad fugaz, momentánea, que sólo nos proporciona vislumbres débiles de lo que deseamos encontrar.

Pero, a medida que practicamos ese refugiarnos en nuestro interior, la soledad se va convirtiendo en una buena compañera, hasta que pasa a ser imprescindible para la vida del alma.

Y llega un momento en que, lo que hemos encontrado dentro de nosotros mismos hace que, aunque aparentemente, y para el mundo, estemos solos, en realidad, gocemos de la mejor compañía que imaginarse pueda: la de nuestro propio Cristo Interno, que responde a nuestras preguntas y nos hace ver que aquella intuición nuestra del principio, de un mundo mejor, era real y que ese mundo existe. Porque, como dijo Cristo: *El reino de los cielos está dentro de nosotros*.

Esos diversos estadios sucesivos de la consideración en que tenemos a la soledad traté de reflejarlos fielmente en el siguiente poema que, precisamente, titulé

La soledad

Antes, la soledad me acongojaba
y parecía carecer de vida;
era un perder el tiempo, sin sentido,
una ocasión de ser mal dirigida,
un malgastar tesoros de existencia,
un síntoma de atraso y de desidia,
un no encontrarme en mí debidamente,
un estéril vacío que me hería.

Mas, a medida que fui descubriendo,
dentro de mí, la vida de mi vida,
la soledad cambió sus prestaciones
y pasó, de terrible a bienvenida,
y, de ahí, a deseada y procurada
y a feraz compañera en mi crecida,
y al medio, que me hacía descubrir
lo que yo, en mi ceguera, no veía.

Ahora, la soledad es mi refugio
donde nunca estoy solo y donde brilla
una luz especial, no sospechada,
que todo lo hace bello y lo ilumina;
una luz tan brillante y tan profunda
que, en silencio y temblando y de rodillas,
me permite gozar, averiguando
lo que yo ya sabía que sabía.

* * *